

Chile, que por noticias sé que es muy bella y digna de hacerle la visita.

Dentro de dos dias salgo para Santiago y de allí te escribiré dándote cuenta de lo que vea en esa capital.

Adios, María.

Santiago de Chile, Abril 30 de 1879.

Hace siete dias que salí de Valparaiso en el tren de las siete de la mañana y llegamos á esta capital á las tres de la tarde.

El camino que se recorre en todo el trayecto, es precioso por la mucha vegetacion y los hermosos puntos de vista que se miran á uno y otro lado; pero lo que mas me encantó fué la poética poblacion que está á pocas millas de Valparaiso llamada Villamar, en donde las familias del puerto pasan la temporada del verano.

A la magnífica posición de esta villa que está tendida á los dos lados del camino, corresponden los hermosos y fantásticos edificios que se suceden sólo con interrupción de bien cultivados jardines, parques, arboledas y huertos.

Todos los órdenes arquitectónicos juegan en la construcción de esas casas de campo, tan variadas y tan caprichosas entre sí, que no se ven dos iguales. En unas se miran fuentes de mármol ó de cantera mezcladas á los arbustos y las flores; en otras alguna estatua rodeada de pequeñas palmeras, bouquets combinados de los más bellos colores, montecitos de verdura, pequeños bosques de tilos, tiestos con flores escogidas y, en fin, palacios en miniatura, griegos, romanos, góticos, chinoscos y de cuantas formas ha inventado la fantasía más juguetona.

Al ver las casas y jardines de este bello sitio, me vino á la memoria nuestro Tacubaya tan decantado y no pude ménos de hacer comparación con

aquel, perdiendo el nuestro en el paralelo.

El Tacubaya de Valparaiso ó Villamar, es lindo por todos lados y especialmente por el fróntis de todos sus parques; todo está á la vista y si hay algo que interrumpa una fachada, es solamente alguna columnata ó una barandilla de fierro sobredorada y ornada de finísimos encajes del mismo metal.

¿Sabes, María, lo que es el Tacubaya de México?

Una población triste con calles solitarias, formadas la mayor parte de bardas de adove que resguardan los jardines interiores.

Los parques de Escandon, Barron, y demás casas de campo de algunos ricos de la capital, son como los serrallos de los turcos: contienen preciosidades en su interior y tienen magníficos jardines; pero están cercados de una tapia ingrata que los oculta á la vista de los transeuntes ó de los que van á pasear á esos *vergeles*. Igual cosa podemos decir de Mixcoac, San Angel, Coyoacan

y otros, que son unos pueblos tristísimos, y los ricos que poseen quintas en ellos ó casas de campo, se encierran allí lo mismo que un sultán, rodeados de sus odaliscas.

Es original el candor de los que llevan los trenes en México para ir á pasear á esos oasis de los alrededores; ¿para qué? unos cuantos van á visitar á sus conocidos que están de temporada, á comer y algunas veces á bailar; y los demás, que á miles dizque se van á divertir en los jardines y el campo? A dar algunas vueltas por las calles melancólicas de esas poblaciones, ¡á sentarse á las no ménos solitarias y escuálidas alamedas, á comer á una mala fonda, á fastidiarse, porque no ven mas que paredes cenizas, alguna que otra familia que pasa y.... nada mas, para regresar despues y decir: "fui á Tacubaya, á San Angel, á pasear; ¡qué hermosos son esos sitios!"

En Villamar, del que vengo hablando, no es así, sino que como en la Habana, Jamaica, Colon y Rio Janeiro,

las casas de campo y los palacios campestres están á la vista, y desde fuera el paseante ó el viajero pueden admirar y contemplar sus bellezas, y los sitios en que están ubicados todos estos lugares de recreacion, son verdaderos paraísos á donde sí se puede decir con propiedad: "voy á pasear á tal lugar; voy á admirar tal ó cual objeto de arte ó de la naturaleza, que es remarcable y digno de ser visto de todo el mundo."

Como yo amo á mi patria, deseara que todo lo mejor que vengo mirando en mi viaje, le perteneciera; que los cuantiosos elementos con que cuenta, fueran mejor empleados, y que los gobiernos y los particulares de posibles, fueran ménos indolentes y tuvieran mas gusto para ornar nuestras ciudades y supieran sacar mejor partido de nuestro magnífico clima y bella naturaleza.

Las capitales que he venido visitando en este hemisferio, siendo ménos ricas en la parte material de sus fábricas arquitectónicas, tienen, sin embargo, mas belleza y encanto á la vista, por-

que la policía es mas esmerada en el buen arreglo y aseo de sus calles, bien adoquinadas y enlosadas, las fachadas de los edificios sin esa apariencia de viejo que los de México, sino bien pintadas y limpias; la gente del pueblo que pulula en estas ciudades, vestida con aseo y hasta con decencia, y en fin, en todo se nota el sello de la civilizacion y un cierto bienestar que acusa progreso y adelanto intelectual.

¿Será acaso porque los gobiernos de esos países sepan cumplir mejor sus deberes para con sus gobernados y por eso promueven todo lo conveniente para el lustre y decoro de la patria?

¿Será porque el poder legislativo de Sud-América comprende mejor su misión y sabe representar mas dignamente á sus comitentes, iniciando constantemente mejoras para hacer adelantar las ciencias, las artes y la industria?

¿O será acaso, que los ayuntamientos de los municipios de los Estados sudamericanos son de otra masa y tienen mejores orejas que los nuestros para oír

las reclamaciones de la prensa y de los ciudadanos en órden al desarreglo de los ramos de su competencia, y por eso se admira en estas ciudades una excelente policía, calles sin barrancas ni lagos atestados de inmundo cieno, aceras vacías de borrachos que impidan el paso á los transeuntes, de gente descalza y mal vestida que inspira asco y desdice de la belleza de los edificios y del elegante vestido de la buena sociedad, y en suma, de tanta impropiedad que rechaza el buen gusto y la civilizacion?

Sean los ayuntamientos de México que ellos tienen la culpa de que se deturpe á nuestra patria en el extranjero respecto de todos los ramos de policía y ornato, cuando debia ser en el hemisferio americano la primera, por estar dotada por la Providencia de tantas ventajas.

Si nuestros muncípes fueran patriotas y cumplieran con sus deberes, tiempo ha que hubieran regularizado la nomenclatura de las calles de nuestras capitales y su numeracion; mientras

que todavía se conserva el ridículo sistema de antaño, poniendo un nombre á cada cuadra, que esto para los forasteros es un dédalo, debiendo tenerlo toda una calle de uno á otro extremo de las ciudades y del uno al mil y tantos, poniendo de una acera los pares y de la otra los impares.

Si los gobiernos ó los ayuntamientos amasen al pueblo de México, ya lo hubieran librado de la nota de bruto y de salvaje con que injustamente se le obsequia, obligándolo por una disposición gubernativa, á vestir mejor, con mas aseo y á calzarse, como lo practican los pueblos de Sud-América, para no ser todos los habitantes de México envueltos por el extranjero en la calumnia de: "los mexicanos son unos salvajes, visten de calzon y camisa de manta, sombrero de petate y descalzos; las señoras usan enaguas y rebozo, con la pata en el suelo."

Me dirás, amiga mia, que esto que digo es una exageracion de mi parte; pero yo te digo que si oyeras ó palpa-

ras el pésimo concepto que en el extranjero se tiene de nosotros, palidecerias de cólera y te indignarías contra los gobiernos y ayuntamientos de México, que hasta cierto punto son causa de que se hable tan mal de nuestro país.

Es cierto que viajeros ignorantes han hecho un juicio falso de nuestras costumbres y han confundido nuestras clases sociales nivelando al hombre del pueblo con el caballero y á la mujer degradada con la señora; pero francamente nuestras autoridades no han hecho lo que debian borrando esa idea errónea que ha hecho nacer esos viajeros impertinentes y algunos enemigos gratuitos que tiene México en el seno de otras sociedades, con modificar algun tanto los inconvenientes que nos dan todavía un ligero tinte de atraso en la parte material de nuestras ciudades y en el miserable vestido de nuestro pueblo.

Despues que pasamos la hermosa poblacion de Villamar, continuamos un

camino casi plano en su totalidad; pero que no carece de bonitos puntos de vista y de poblaciones pintorescas.

Pero lo que principalmente llama la atención, son los extensos viñedos que hay á uno y otro lado del camino, que algunos semejan grandes tablas de maíz ó de trigo, que no alcanza la vista al al lugar donde terminan.

Esto es causa de que en Chile sea la uva tan barata, pues que la arroba vale un par de reales y que se elaboren vinos esquisitos.

En todas las estaciones que tocaba el tren, se acercaban multitud de muchachas, como en México, á vender frutas, pan, leche y otros antojos á los pasajeros. Las primeras eran de excelente clase, especialmente las peras, muy semejantes á nuestras gamboas, pero de un sabor mas agradable; las manzanas, ciruelas, cerezas y en general, todas las frutas de la tierra templada son muy ricas y sobre todo, baratas. Una canasta de una tercia de largo que puede contener dos libras de uva moscatel,

dos peras, tres chavacanos, higos y cuatro ciruelas, vale apenas medio y cuartilla con casco y todo. Por esto puedes calcular la abundancia y la feracidad de esta tierra, así como la actividad y laboriosidad de su pueblo.

Seguí muy contento el camino, por ir mirando por primera vez objetos que para el viajero tienen siempre el sello de la novedad, y en cada estacion compraba quesos, frutas, algunos dulcecitos y bizeochos de trigo ó de maíz, algo raros de forma y de sabor; compraba todo esto por conocerlo únicamente, por probarlo.

Llegamos á la estacion de Santiago á las tres de la tarde: ésta se halla situada al Sur de la ciudad y desde aquí rompe una ancha y larga calzada como de media legua, que conduce al centro. Esta calzada se divide en tres calles iguales, separadas por una balaustrada que forma la central embellecida de asientos, pequeños arbustos y flores; fuentes magníficas, estatuas ecuestres y pedestres que representan á los héroes